

MI PELO POR UNAS TETAS NUEVAS

Mireia Iniesta

*Soy una cosa despojada,
más descalvada y desnuda
que a la hora de nacer.*

Thelma Scarce

Si pensamos en la Juana de Arco de C.T.Dreyer, lo primero que se nos viene a la cabeza son los planos-afección de Maria Falconetti, que no serían elocuentes ni generarían tanto estupor en el espectador si ésta no apareciera con la cabeza casi rapada. Es esta una imagen que nos retrotrae a la dimensión del sacrificio religioso que contempla todo tipo de castigos y vejaciones en pos de una fe inquebrantable. Sin embargo, la "castración" del cabello tanto de hombres como de mujeres es casi ancestral y son múltiples sus motivaciones. Erika Bornay asevera que: "Cortar y en caso extremo, rapar los cabellos de cualquier individuo, sea hombre o mujer, suele ser, asimismo, una forma de castigo y de humillación (...) en infinitud de actos o situaciones en los que se exige el sometimiento de un individuo a otro u otros, se recurre a la estrategia castracional del rapado del cabello: cárceles, cuarteles, conventos".¹

En Francia y en Italia las colaboracionistas que habían mantenido relaciones sexuales con los nazis eran rapadas y exhibidas por los pueblos. Es el caso de Malèna (Monica Bellucci) en la película homónima de Giuseppe Tornatore (2000), sometida al tormento de la castración de su melena por las mujeres del pueblo tras quedar viuda y ejercer la prostitución con los soldados nazis.

En *La Germania*, Tácito explica como las mujeres germanas que eran adúlteras eran castigadas por sus maridos, que les rapaban la cabeza y las paseaban desnudas a golpe de látigo por todo el pueblo. Encontramos las mismas motivaciones y la misma carga de humillación en la protagonista de *La hija de Ryan* de David Lean (1970). También ella es sometida al mismo escarnio con motivo de su adulterio. Años antes en *The Naked Kiss* (1964) Sam Fuller arrancaba su película con una escena de violencia entre una prostituta calva y su chulo, que la había rapado para castigarla después de que la mujer hubiera intentado abandonarle para salir de la prostitución. En la reciente *Girlhood* (Céline Sciamma, 2014) a uno de los personajes femeninos se le corta el pelo a modo de castigo por haber deshonrado a los suyos después de haber mantenido relaciones sexuales con un hombre.

La castración del cabello también puede ser voluntaria. En *Mujercitas* de George Cukor (1933) Jo le entrega a su madre veinticinco dólares antes de que ésta emprenda un viaje a otra ciudad para ver a su marido tras haber sido herido en la guerra. La madre sorprendida le pregunta de dónde ha sacado tanto dinero. Jo le responde: *"Lo ha ganado honestamente. Sólo he vendido algo que me pertenecía"*.

El gesto de Jo (Katharine Hepburn) contrasta con el de la empleada de *El lobo de Wall Street* (Martin Scorsese, 2013) que deja que le rapen la cabeza a cambio de diez mil dólares, los cuales, según anuncia ella misma, invertirá en hacerse un aumento de pecho. Aquí entra en juego una especie de falsa prostitución no forzada. La lógica neoliberal plantea una pretendida pero inexistente libertad, al exponer que cualquiera puede ser empresario de sí mismo. Una idea que Foucault apoya y que el filósofo coreano Byung-Cul Han contradice: *"En Foucault la ética del sí mismo ciertamente se opone al poder político represivo, así como a la explotación por parte de otros, pero es ciega ante aquella violencia de la libertad que está en el fondo de la explotación de sí mismo"*.²





Esta violencia de la que nos habla la cita se hace muy patente en la secuencia en la que la empleada de la oficina de Jordan Belfort (Leonardo Di Caprio) es rapada ante el resto de empleados. El momento parece ser el arranque de la primera orgía que tiene lugar en la oficina. La mujer, que tiene una larga y rubia cabellera (coincidiendo con el estándar de belleza anglosajón) llora profusamente al perder mechones de cabellos mientras la

oficina se va convirtiendo en una auténtica Babilonia. Para ella se trata de una especie de rito de paso. La sociología incide en que en los ritos de paso implican la renuncia de la antigua personalidad en virtud de la asunción de una nueva. Su nueva personalidad está directamente asociada a un nuevo par de tetas mucho mayores que las anteriores. Con el nuevo aspecto, se presume que será más “comprable” en

consonancia con lo que nuestra sociedad hetero-patriarcal y neoliberal espera.

Al final de la breve, pero elocuente secuencia, la actriz aparece con la cabeza atrocemente rapada, con algunas greñas largas en la nuca, llorando gozosa y embriagada con el dinero sobre sus pechos, demasiado pequeños como para constituir una buena empresa.

¹ BORNAY, E. *La cabellera femenina*. Madrid: Cátedra, Madrid, 2010, p. 69

² BYUNG-CHUL HAN, *La agonía del eros*. Barcelona: Herder, 2014, p. 21